

# Osamu Dazaia

## La felicidad de la familia

Candaya Narrativa 41  
ISBN 978-84-15934-29-5  
192 págs.; 21 x 14 cm  
PVP 16 €

**Ocho cuentos de Osamu Dazai,  
*l' enfant terrible*  
de las letras japonesas**



### La obra: *La felicidad de la familia*

El humor como elemento liberador, la compasión en los momentos límites, los sueños e inseguridades de los adolescentes, la resignación y el apego a la vida, las crueles secuelas de la guerra o los conflictos de una sociedad en crisis están presentes en estos ocho magníficos relatos (cinco de ellos publicados por primera vez en español) que, a menudo protagonizados por el propio Dazai, demuestran un profundo conocimiento de la condición humana.

Osamu Dazai experimenta, con maestría, las más variadas técnicas narrativas, muchas de ellas deudoras de la literatura occidental, pero de sus cuentos perduran sobre todo su personal aliento poético y la crudeza de su temática existencial, arraigada en lo más profundo de la tradición japonesa.

“La felicidad de la familia” (“Katei no Kôfuko”).

Escrito en 1948, el mismo año de la prematura desaparición del autor, con evidentes elementos autobiográficos centrados en temas cotidianos como la adquisición de una radio y las frecuentes borracheras del cabeza de familia, este relato, ubicado en los inicios de la postguerra, es en esencia una crítica melancólica y un tanto grotesca a la burocracia. El

título del cuento resulta de lo más irónico pues concluye con esta frase lapidaria: “De acuerdo con todo lo anterior, la felicidad de la familia es el origen de todo mal”.

“Promesa cumplida” (“Mangan”).

En su brevedad, estamos frente a un relato magistral que deja ver el profundo conocimiento de los sentimientos humanos por parte del autor. La mujer de un doctor, amigo del narrador (Dazai), descrita por el marido como la personificación de la maldad, revela un oculto aspecto de su personalidad: la compasión.

“Hablemos de mujeres” (“Mesu ni tsuite”).

Elaborado de forma muy dinámica en torno a un fluido y extenso diálogo sostenido entre el protagonista, un alter ego de Dazai, y un amigo suyo, este relato con ciertos tintes misóginos –que en el contexto de la vida y obra de nuestro autor se pueden englobar dentro de su proverbial misantropía– da cuenta de un episodio de doble suicidio en el cual la mujer muere y el hombre sobrevive.

“El profesor Ôson y la ceremonia del té” (“Fushin’nan”).

El profesor Ôson es protagonista de un trío de relatos, y en éste que ofrecemos a los lectores su autor se vale de la estrafalaria naturaleza del profesor para desmitificar uno de los ritos más rancios, exquisitos y tradicionales de la cultura japonesa como lo es la ceremonia del té.

“La estudiante” (“Joseito”).

En este relato, el más extenso de la selección, Dazai muestra sus consumadas dotes de narrador. Mediante el monólogo o soliloquio de una estudiante, el autor logra incursionar en la psiquis de lo femenino con frescura y sentido crítico, interpretando cabalmente las preocupaciones de una adolescente japonesa de la época (1939).

“La mujer de Villon” (“Viyon no tsuma”).

Al igual que en el relato anterior, Dazai otorga la voz a un personaje femenino, en este caso una desdichada joven, “ama de casa”, madre de un bebé un tanto idiota, que malvive con un individuo de la peor calaña. El ambiente de marginalidad y desamparo que se describe desde las primeras líneas se corresponde casi como un calco a la propia existencia del autor, disfrazando de alguna manera el estilo adoptado por Dazai para sus narraciones, el así

llamado *Watakushi Shôsetsu* o Literatura del yo. Escrito en 1947, un año antes de su muerte, por la época del mayor deterioro de su voluntad de vivir y curiosamente cuando su escritura alcanza un punto cercano a la perfección, este relato es representativo del mejor Dazai. El estilo de la narración es claro y directo, las descripciones son precisas y nos producen la sensación de estar viendo un film impresionista en blanco y negro, con el agregado de una serie de diálogos magistrales.

“El profesor Ôson y la salamandra” (“Ôson Sensei Genkoroku”).

En este segundo episodio de las bizarras aventuras del ridículo profesor, éste se obsesiona por una salamandra que contempla en un acuario y a partir de ese momento crucial da inicio a una serie de exhaustivas investigaciones basadas en los principios de la ciencia, que lo llevan a límites asombrosos y que revelan su falsa erudición. Visto como una especie de comedia ligera, el relato constituye una burla de los métodos científicos así como un divertido cuestionamiento de las tradiciones más arraigadas del folclore de su país.

“Toka-ton-ton”.

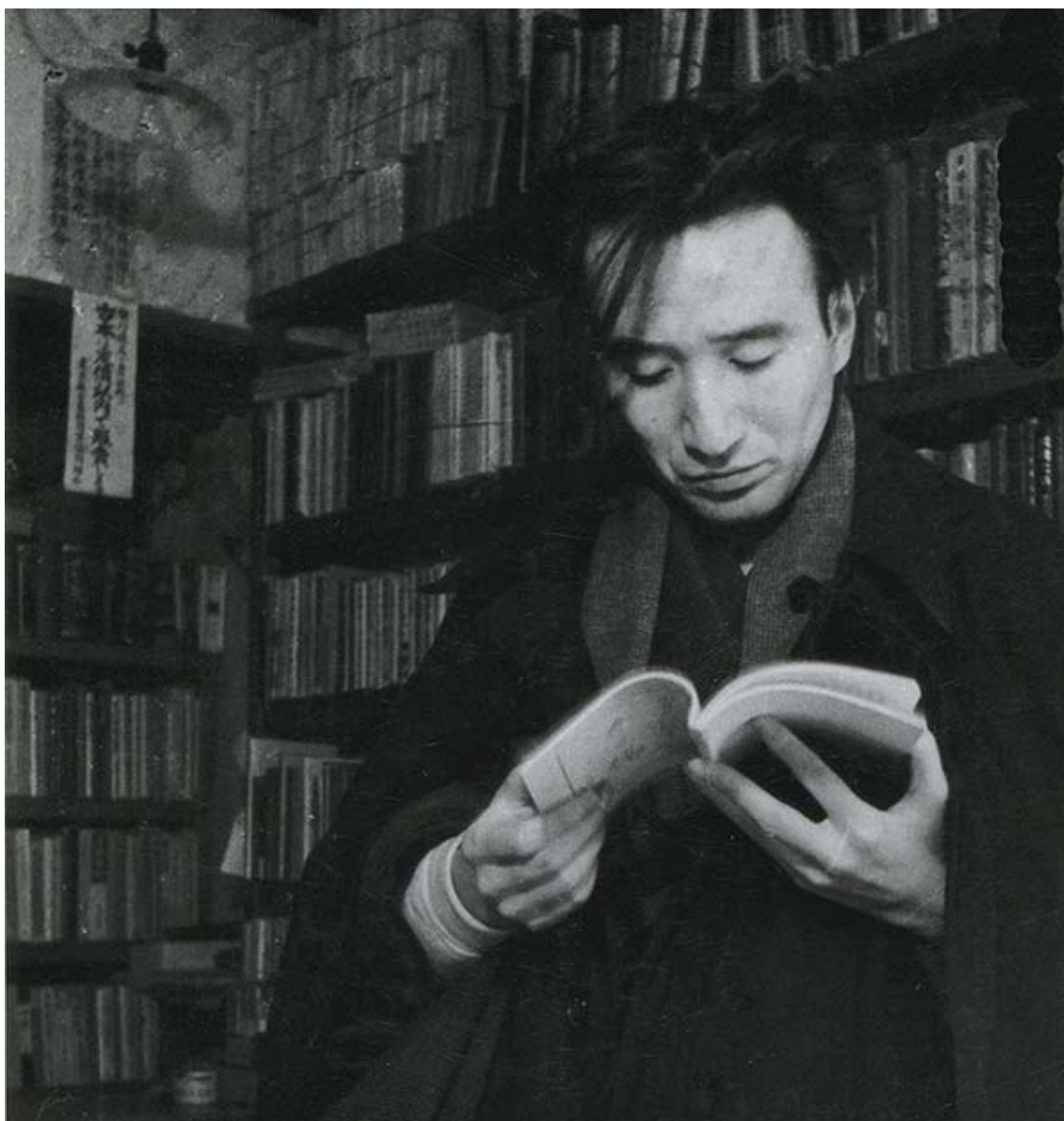
Como sobreviviente de la guerra, aun cuando no desempeñó ninguna actividad de relevancia, Dazai conocía numerosas anécdotas acerca de los padecimientos post traumáticos de los soldados que regresaban de los frentes de batalla. En este caso se trata de un soldado que sufre en ciertas circunstancias de ilusiones auditivas que se traducen en un leve martilleo dentro de su cerebro. Curiosamente estas dolencias comenzaron el día de la rendición de Japón y por algún extraño efecto colateral las mismas apartaron al soldado del militarismo y de cualquier idea nacionalista, lo convirtieron en un ser reducido a lo meramente existencial, sin grandes ideales, que a pesar de su pereza y apatía busca un lugar en el mundo. Dazai utiliza en este relato el recurso epistolar, y al igual que en la mayoría de sus últimos textos expresa su visión desencantada de la existencia.

## **El autor: Osamu Dazai**

Más allá de su fama de *enfant terrible* y de su marcada inclinación por el suicidio, Osamu Dazai (1909-1948) es sin ninguna duda uno de los máximos exponentes de la moderna literatura japonesa. A contracorriente siempre de las normas preestablecidas en una sociedad tan rígida y conservadora como la japonesa, Dazai se convirtió, a pesar de su origen aristocrático, en un auténtico paria. Su existencia estuvo signada por la vergüenza, la

perplejidad, el tormento y la ansiedad, lo que, paradójicamente, lo ha convertido en un perdurable icono de la rebeldía para muchas generaciones de jóvenes japoneses.

Comparte con su maestro, el genial Ryunosuke Akutagawa, la predilección por las formas breves y unas magníficas dotes como cuentista. Se estima que escribió alrededor de doscientos relatos, muchos de ellos magníficos, como los que, traducidos directamente del japonés, ofrecemos en la presente antología.



Desde los años sesenta, el incipiente reconocimiento a Osamu Dazai entre los jóvenes se ha convertido en un auténtico culto, representando Dazai no la figura de un santón laico sino la de un ídolo del rock como Jim Morrison. La popularidad de Dazai lo ha llevado a entronizarse entre los nuevos medios como el manga y el animé, inspirando entre otras la

serie *Bungo Stray Dogs* en la que el protagonista es un apasionado del suicidio. Varios de sus cuentos así como su novela bandera *Indigno de ser humano* han sido adaptados al cine y también a versiones de manga, un género típicamente japonés en extremo popular. El 19 de junio, fecha del aniversario de Osamu Dazai, su tumba en el Zenrin-ji es visitada por centenares de sus seguidores.

## **Un relato del libro *La felicidad de la familia*.**

### **Promesa cumplida**

Esta es una historia que sucedió hace cuatro años, justo cuando estaba escribiendo un relato llamado “Romanesque”. Ese verano vivía yo en el segundo piso de la casa de un amigo mío en la ciudad de Mishima, ubicada en la región de Izu. Una noche, mientras recorría la ciudad en bicicleta, muy borracho, me caí y me lastimé. Me hice un corte en el tobillo derecho. La herida no había sido profunda, pero como había bebido bastante perdí mucha sangre y salí corriendo a ver a un médico. El doctor que me atendió tenía unos treinta y tres años, era regordete y se parecía a Saigo Takamori. Y estaba casi tan borracho como yo. Apareció en la sala de consulta tambaleándose. Al verlo, me dio mucha risa. Mientras me curaba, no podía aguantar las ganas de reír, pues la situación me resultaba en extremo graciosa. Intenté disimularlo, pero finalmente explotamos al unísono en una sonora carcajada.

A partir de esa noche, nos hicimos amigos. El médico prefería hablar de Filosofía, más que de Literatura. Yo compartía su preferencia. Nuestra conversación se volvió muy amena. El médico tenía una teoría bidimensional primitiva acerca del mundo. Para él, lo esencial era la lucha entre la bondad y la maldad. Sus ideas al respecto eran claras, y eso resultó positivo para mí. Hasta ese momento yo había interiorizado la idea de un solo dios llamado amor, pero al escuchar su teoría sobre la bondad y la maldad, me di cuenta de que había aprendido algo nuevo, algo que había aliviado mi corazón invadido por el pesimismo. Cuando lo visitaba por las tardes, de inmediato ordenaba a su mujer que me diera una cerveza: el médico era la bondad en persona. Ante aquella orden, ella proponía sonriendo que jugáramos una partida de bridge. La mujer era la maldad en persona, así lo sostenía el médico. Yo estaba de acuerdo. La esposa del doctor era pequeña y muy mofletuda como si fuera una máscara de *Otafuku*, sin embargo, su tez era blanca y refinada. No tenían hijos, pero en el segundo piso de la casa vivía el hermano de la mujer, un joven tranquilo que estudiaba en una escuela de comercio en Numazu.

El médico estaba suscrito a cinco periódicos, y me permitía leerlos casi todas las mañanas. Así, aprovechando mis paseos, los visitaba cada día unos treinta minutos, a veces hasta una hora. Entraba por la puerta trasera, me sentaba en la veranda de una de las habitaciones y leía el periódico mientras tomaba un té frío de cebada servido por la señora. Cuando cogía el diario entre mis manos, el viento soplaba sacudiendo las hojas. A cuatro metros de la veranda, en medio de la yerba verde, fluía un riachuelo de aguas cristalinas. Un camino estrecho corría junto al riachuelo, y todas las mañanas por aquel camino pasaba un muchacho en bicicleta que repartía leche. Cada vez que pasaba nos daba los buenos días. A esa misma hora, una mujer joven venía siempre a recoger medicamentos. Tenía puesto un vestido de verano, ligero, y unos zuecos. Parecía una persona aseada y la había visto reírse varias veces con el médico en la sala de consulta. En ocasiones, él la acompañaba hasta la entrada y casi siempre la alentaba diciendo: “Señora, ya falta poco. No se preocupe”.

Un día, la mujer del médico me explicó el significado de aquel asunto. La joven era la esposa de un maestro de primaria que había enfermado de los pulmones hacía tres años. En estos meses el maestro había mejorado de manera notoria gracias al tratamiento del médico, pero éste le había prohibido a la mujer cualquier tipo de relación íntima con su marido, ya que se encontraba en la etapa más importante de la medicación. La mujer siguió al pie de la letra las indicaciones del doctor, sin embargo, de vez en cuando se quejaba de forma lastimosa y preguntaba hasta cuándo duraría la prohibición. Cada vez que eso sucedía, el médico la alentaba diciéndole, “Señora, ya falta poco”, sin mostrar ningún indicio de compasión.

Al finalizar agosto, fui testigo de un hecho admirable. Una mañana, mientras leía el periódico en la veranda de la casa del médico, su mujer, que estaba sentada a mi lado, me susurró en voz baja: “Mire, parece muy feliz”.

Levanté el rostro. En el estrecho camino de enfrente se distinguía una figura con un vestido ligero, de verano, que parecía flotar en el aire. Y hacía girar con rapidez una sombrilla blanca.

“Hoy en la mañana le concedieron finalmente permiso”, susurró de nuevo la mujer del médico.

Es fácil decirlo, pero tres años es un período muy largo. Yo estaba conmovido. Ha pasado el tiempo y todavía me sigue pareciendo muy bella la imagen de la mujer perdiéndose en la lejanía. Aquello había sido obra de la esposa del médico.

(Título original: “Mangan”, 1938)